

## SONETO

Dejándome tu mano, me extravió,  
ciego absoluto, por tinieblas ando;  
huso de carne, miedo de hasta cuándo  
me durará esta página de frío.

Este no ser de nadie; éste ser río  
sin mar, sin muerte, sin clarín de mando;  
árbol sin fruto helado preguntando  
qué desamparo en mí, por qué vacío.

Tu luz, gota de ala, es todo vida  
que a tu azul calentura me convida  
y me canta de rosa y de alimento;

de la cadena insomne de tu mano,  
voy cielo arriba, cielo abajo humano  
verso tu boca en flor de pensamiento.

Rafael PALMA

Madrid, Octubre 1960.

## ANTE UN CENTENARIO

# VÁZQUEZ DE MELLA

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA

**L**A prensa nos va relatando en estos días los actos que recuerdan a los españoles los primeros cien años que nos separa del nacimiento de don Juan Vázquez de Mella, «verbo de la raza», oráculo de la Tradición y cantor excelso de las glorias de la Iglesia de Jesucristo.

Pocos hombres, tal vez ninguno, como Mella han influido tanto en avivar con su alta sabiduría y poderosa elocuencia el fuego sagrado de la Patria frente a la decadencia nacional de los últimos años del pasado siglo, y en primer cuarto de éste que ahora transcurre.

Y es, que, la Santa Iglesia y España, en la conjunción feliz de la Religión y la Patria, fueron para Mella el objetivo predilecto y final de su integérrimo del rico y áureo patrimonio espiritual de la España imperial y católica.

Pero los más robustos pedestales de tan prodigiosa personalidad fueron la Apología y la Oratoria. Mella hacia desfilar ante las multitudes que le escuchaban embelesadas, el esplendor de la Iglesia con su esclarecido talento y de su cautivadora palabra: Mella fue, el guardián hermosa enajenante, con sus misterios y sus dogmas, con su afán civilizador y sus triunfos que son los triunfos de Dios. A Mella se le embriagaba el alma para cantar las maravillas de la Encarnación del Verbo y ese caudal de gracias que mana sin cesar del misterio de la Redención. Canta a Cristo con su Cruz, al Vaticano con su colina y la blanca paloma del Espíritu Santo posándose sobre la testa tres veces coronada de los Papas y señala ebrio de entusiasmos la grandiosidad de las luchas y las victorias del cristianismo.

Y luego, contempla a Europa brotando como una flor del corazón ensangrentado de Cristo, y a España, que nace en aquel arroyuelo de

Covadonga, bajo el manto azul de la Virgen pura y bella, que se acaudala en San Juan de la Peña y pasando por Zaragoza y los cármenes de Granada desemboca en el Atlántico hasta llegar al cénit de sus grandezas en manos de los Reyes Católicos, de Carlos V y Felipe II, con el Océano por espejo de sus glorias y de sus hazañas, teniendo al sol prisionero de los dominios de su imperial corona.

Mella recorre la inmensa floresta de nuestra historia, de nuestra filosofía, de nuestra literatura, haciendo desfilar, también, ante los auditorios inmensos, el heroísmo de nuestros capitanes y navegantes inmortales. Y todavía más alta que las espadas de los conquistadores, exalta las cruces benditas de los misioneros con las que España evangelizó «la mitad del orbe». Y hace pasar ante sus oyentes las rutas triunfales de los soldados de Flandes y Lepanto, las glorias de los teólogos y místicos, las recias virtudes de los santos..., que elevan la Historia de España al rango de Historia Universal, como ningún otro pueblo de la tierra.

Vázquez de Mella es un orador tan denso y voluminoso, tan arrebatador y grandilocuente, que es difícil encontrar ningún otro que le supere. Sobre todo, en síntesis históricas, rebrillantes y magníficas, armoniosas, líricas y musicales. era único: es superior a Castelar, superior a Aparisis, superior al marqués de Valdegamas.

Mella, campeón formidable del catolicismo y heraldo de la vieja España, en algunos de sus discursos pronunciados en el Congreso español en defensa de las órdenes religiosas, raya a tal altura, que lo mismo que él los hubieran podido pronunciar San Pablo o San Agustín, o la lengua de oro del Crisóstomo. Cuando Mella hacía estallar su verbo en llamaradas de luz divina y de encendido y fogoso amor a España, sus ideas y sus párrafos, rozagantes y solemnes, bajaban de las cumbres más altas de la Filosofía y de la Historia, de la Religión y de las Artes, entre torrentes de espumas de soberana elocuencia y no había fortaleza que no se le rindiera, ni Torre de Babel que no se le entregara, ni sector, de izquierda o derecha, que no acabara por vitorearle, ni multitudes que no le aplaudieran frenéticamente: De ser anarquista—ha dicho un escritor moderno—, Mella hubiera derribado de cuatro manotazos un imperio.

La Prensa, los Parlamentos, la Nación, sus propios adversarios políticos, que personales no los tenía, terminaban por romper las gargan-

tas, haciéndole objeto de las ovaciones más colosales y delirantes como jamás se han escuchado en la tribuna española.

En más de una ocasión, la autoridad y el prestigio, la sabiduría y la elocuencia de don Juan Vázquez de Mella, salvó a España de trágicas tormentas.

Pero es de señalar, que los triunfos de Mella eran ante todo y sobre todo, triunfos de los altos ideales que iluminaban su alma prócer, y de las soluciones asombrosas, cristianas y españolas, sólidas y macizas que daba a los candentes problemas de religión, de filosofía, de política y derecho, y hasta de índole social, de su tiempo.

Para morir, Mella abrió con la llave de su elocuencia la puerta del Sagrario y se puso a rezar ante el más divino de los Sacramentos, dejándonos su maravilloso y último trabajo, pleno de sonoridades divinas, sobre la FILOSOFÍA de la EUCARISTIA, en cuyo primoroso y lindo prólogo, nos recuerda el insigne agustino del Escorial, P. Miguélez, que España no tiene más que un Mella, y que con el poeta Zorrilla, pudiera muy bien repetir:

Cristiano y español, con fe y sin miedo

Canto mi Religión, mi Patria canto.

¡Buen ejemplo de amor encendido a la Iglesia de Dios y a España. éste de don Juan Vázquez de Mella, para los hombres de ahora y de todos los tiempos!

